

— ¡Canario! Cuando te han llamado, habrá sido para eso.

Francisco se enfadó.

— ¡Si yo lo supiera, te lo diría!

Estaba rojo de ira y salió dando un portazo.

La madre Louveau se quedó como el que ve visiones.

— ¿Qué tiene este hombre?

— Sí: ¿qué es lo que tenía Francisco?

A partir de este día, sus maneras, sus palabras, su carácter, todo cambió en él.

No comía, dormía mal y hablaba solo.

¡Disputaba con su mujer!

Reñía á Tripulación, maltrataba á todo el mundo, y á Víctor más que á nadie

Cuando la madre Louveau, asombrada, le preguntaba qué tenía, respondía brutalmente:

— “No tengo nada.

„¿Tengo cara de que me pase alguna cosa?

„Sois vosotros quienes os habéis conjurado contra mí.,,

La pobre mujer predicaba en desierto.

— Acabará por volverse loco; mi palabra que sí.

Ya le creía completamente maniático, cuando cierta noche la proporcionó una escena espantosa á propósito de Maugendre.

Llegaba la época de emprender el acostumbrado viaje y se disponían á regresar á Clamecy.

Víctor y Clara hablaban de la escuela, y habiendo dicho aquél que tendría mucho gusto en ver de nuevo á Maugendre, el padre Louveau se encolerizó:

— “Déjame en paz con tu Maugendre.

„No quiero tener trato alguno con él.,,

La madre intervino:

— „¿Qué te ha hecho?

“Me ha hecho... me ha hecho...

No te importa.

— „¿Acaso no soy yo el amo?,,

¡Ah! Y tan en absoluto era el amo ahora, que, en vez de detenerse en Corbigny, como hacía siempre, continuó hasta dos leguas más allá, amarrando frente al bosque.

Manifestó que Maugendre no pensaba más que en estafarle en todos los tratos, y que haría mejores negocios con otro vendedor.

Estaban muy lejos del pueblo para soñar siquiera en que los niños fuesen á la escuela.



Víctor y Clara recorrían los bosques durante el día para reunir haces de leña. Cuando se fatigaban de llevar su carga, la depositaban al borde de cualquier

zanja y se sentaban en el suelo en medio de las flores.

Víctor sacaba un libro de su bolsillo y hacía leer á Clara.



Les gustaba ver el sol filtrándose al través de las ramas, y caer en luces temblorosas sobre la página y sobre sus cabellos.

En torno suyo zumbaban millares de pequeños insectos, y á lo lejos se extendía la calma del bosque.

Cuando se les hacía tarde, era necesario volver de prisa á todo lo largo de la gran avenida, oscura por la sombra del apretado ramaje.

Al fin se veía en un claro el mástil de *La Bella Nivernesa*, y el resplandor de un fuego entre la niebla ligera que se elevaba del río.

Era la madre Louveau, que guisaba al aire libre, á la orilla del agua, sobre un fuego de hojarasca.

Cerca de ella, Milín, desgreñado como un plumero y con la camisa saliendo por entre los pantalones, vigilaba amorosamente la marmita.

La chiquitina rodaba por tierra.

Tripulación y Louveau fumaban sus pipas.

Una noche, á la hora de la comida, vieron que alguien, saliendo del bosque, se dirigía hacia ellos.

—¡Calla! ¡Maugendre!

Era el carpintero.

Muy aviejado, muy encanecido.

Traía un bastón en la mano y parecía afligido al hablar.

Al ver á Louveau, se acercó á él, y le tendió la mano.

—¡Y bien! ¿Me has abandonado, Francisco?



El marinero tartamudeó una respuesta embarazosa.

—¡Oh! No te guardo rencor.

Tenía el aire tan fatigado, que la madre Louveau se sintió conmovida.

Sin preocuparse del mal humor de su marido, ofreció á Maugendre un banco para que se sentara.

—¿Estáis enfermo, Sr. Maugendre?

—He cogido un aire, un enfriamiento. Hablaba lentamente y en voz muy baja.

El dolor le había dulcificado.

Dijo que iba á abandonar el país para irse á vivir al fondo de la Nièvre.

—“Esto se acabó; ya no trabajaré más.

„Ahora soy rico, tengo mucho dinero, mucho dinero.

„Pero para nada me sirve.

„No puedo volver á comprar la felicidad que he perdido.”

Francisco escuchaba con el entrecejo arrugado.

Maugendre continuó:

—“Cuanto más viejo voy siendo, más siento mi soledad.

„En otro tiempo me distraía trabajando; pero al presente no estoy en lo que hago; mi pensamiento está en otra parte.

„No tengo gusto para nada.

„Así que he decidido ponerme en marcha inmediatamente; eso acaso me distraerá.”

Y, á pesar suyo, volvió sus ojos hacia los niños.

En este instante Víctor y Clara desembocaban por la avenida del bosque con su carga de ramaje.

Al ver á Maugendre, tiraron sus haces y corrieron hacia él á todo escape.

El carpintero les acogió amistosamen-



te, como siempre, y dijo á Louveau, que estaba sombrío:

—Tú eres dichoso; tú tienes cuatro hijos; yo no tengo ninguno.

Y suspiró.

—No tengo nada que decir; es culpa mía.

Al decir esto se levantó.

Todos hicieron lo mismo.

—Adiós, Víctor; trabaja mucho y ama  
á tus padres, como es tu deber.

Le había puesto la mano sobre el hom-  
bro y le miraba atentamente.



—¡Y decir que si yo tuviese un hijo  
sería ahora como él!

En frente, Louveau, con la ira en los  
labios, parecía decir:

—¡Pero no te irás!

Sin embargo, en el momento en que el  
carpintero se disponía á partir, Francis-  
co tuvo un impulso de piedad y le llamó.



—Maugendre, ¿no quieres comer con  
nosotros?

Lo había dicho, á pesar suyo, de mala  
gana, con un tono brusco que quitaba las  
ganas de aceptar el convite.

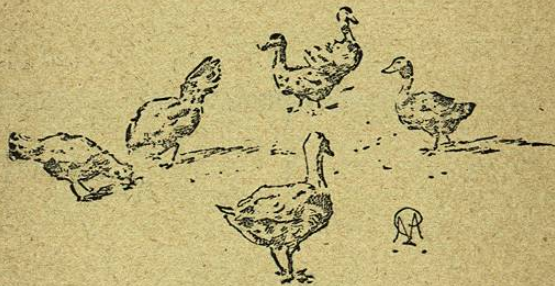
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

El viejo movió la cabeza.

—Gracias; no tengo hambre.

“Además, la felicidad de otros hace daño cuando uno está muy triste.”

Y se alejó, encorvado y apoyándose en su bastón.



Louveau no pronunció ni una palabra en el resto de la velada.

Pasó la noche paseando sobre el puente, y al amanecer salió sin decir nada á nadie.

Se dirigió al presbiterio.

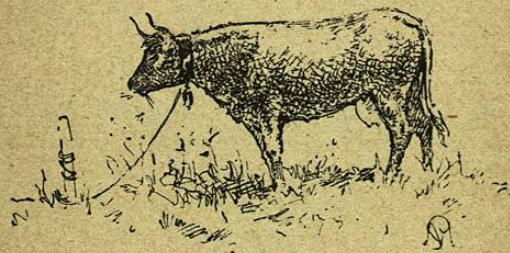
La casa del cura estaba al lado de la iglesia.

Era un gran edificio cuadrado, con un patio delante y una huerta detrás.



Algunas gallinas picoteaban en el suelo.  
Una vaca, atada, mugía en la hierba.  
Louveau sintió el corazón aliviado por  
la resolución que le animaba en aquel  
instante.

Abriendo la empalizada, se dijo con



un suspiro de satisfacción que, cuando  
saliera de allí, ya se habría desembara-  
zado de todas sus inquietudes.

Encontró al señor cura sentado al fres-  
co, en el comedor de la casa.

El sacerdote había acabado de comer  
y dormitaba ligeramente con la cabeza  
inclinada sobre el breviario.

Despertado por la llegada de Louveau,

señaló la página, cerró el libro é hizo sentar al marinero, el cual no hacía otra labor que dar vueltas á la gorra entre sus dedos.

—Veamos: ¿qué me quieres, Francisco?



—Quería un consejo.

Y pidió permiso para contar largamente su historia.

—“Porque, ya lo sabéis, señor cura, yo no estoy muy fuerte en... Yo no soy un águila, como dice mi mujer. ¡Eh, eh!”

Satisfecho de este preámbulo, refirió su asunto jadeante, más encarnado que

la grana, y sin apartar la vista de la visera de la gorra.

—¿Recordáis, señor cura, que en cierta ocasión Maugendre os dijo que era viudo?



—Sí, lo recuerdo.

—“Hace quince años su mujer fué á París para colocarse de nodriza.

„Tuvo que presentar su hijo al médico, como lo manda la ley, le dió la última teta y después se le confió á una «acompañanta.»



El sacerdote le interrumpió:

—¿Qué significa eso de una “acompañanta,” Francisco?

—“Es una mujer, señor cura, que por una retribución se encarga de conducir al país los hijos de las nodrizas.

„Los lleva en cuévanos, como á los gatos, ¿sabéis?”

—¡Vaya un oficio chusco!

—“Hay muchas gentes honradas que lo hacen, señor Cura.

„Pero la madre Maugendre tropezó con una mujer á quien no conocía, una bruja que robaba niños y los alquilaba á otras holgazanas, para que éstas los arrastraran por las calles implorando la caridad de los transeúntes.”

—¿Qué me estás contando, Francisco?

—“La verdad pura y neta, señor cura.

„Esa infame mujer ha robado muchos niños, y el chico de Maugendre fué uno de ellos.

„Le tuvo á su lado hasta los cuatro años.

„Quiso enseñarle á mendigar; pero era el hijo de un hombre honrado, y rehusó tender la mano á las gentes.

„Entonces le abandonó en la calle, y después... ¡allá te las compongas como puedas!

„Pero ved que hace seis meses, en el hospital, momentos antes de morir, un remordimiento la martirizaba.



„Yo sé lo que es eso, señor cura; eso hace sufrir horriblemente.”

Y el pobre hombre elevó los ojos al cielo raso, como para jurar que no mentía.

—“El caso es que aquella mujer mandó á buscar al Comisario y le dijo el nombre del niño; el Comisario, á su vez, me manda á llamar á mí y me repite ese nombre.

„Es Víctor.”

Al señor cura se le cayó el breviario de las manos.

—¡Cómo! ¿Es Víctor el hijo de Maugendre?

—Seguramente que lo es, señor cura.

El eclesiástico no acababa de asombrarse y de hacer cruces.



Balbuceó una frase, en la que sonaron las palabras:

—¡Pobre niño!

„El dedo de Dios.”

Se levantó, paseó de uno al otro lado de la habitación, se aproximó á la ventana, volcó un vaso de agua, y al fin se plantó frente á frente de Louveau, con las manos puestas en la cintura.

Aún permaneció unos instantes mudo, buscando una sentencia aplicable á tal acontecimiento; pero como no la encontraba, dijo sencillamente:



—¡Bueno! Ahora será preciso devolver ese muchacho á su padre.

Louveau se estremeció.

—“Esa es precisamente la causa de mis disgustos, señor cura.

„Desde hace seis meses que me hicie-